

*Per Aage Brandt*

## Der semiotische Aufbau der Welt, o el escándalo de la estructura que no es Una\*

(trad. por César González)

1. Como el marxismo, la semiótica es una formación intelectual mitad filosófica, mitad científica, surgida en la episteme posromántica que llamamos generalmente nuestra modernidad. Su destino en este espacio cultural no ha sido evidentemente el mismo; puede decirse, en efecto, que esos dos tipos de reflexión sobre *las condiciones del sentido* han seguido caminos opuestos: mientras que uno no ha dejado de buscar el centro de lo social —como objeto a la vez de pensamiento y de lucha— el otro se ha alejado progresivamente, desorganizándose voluntariamente para sólo encontrar en la forma efímera de encuentros verbales ocasionales llamados coloquios, etc., el estilo correspondiente a la búsqueda de un objeto eminentemente fugaz, ligero, inatrapable y sin embargo constitutivo, esta cosa casi impensable que la tradición llama el lenguaje. El marxismo ha tendido a abismarse en el laberinto del palacio del príncipe, ha querido no pensar más que a través de la organización y la reorganización de lo social “pesado”, institucional, siguiendo en ello una tendencia dominante de la modernidad que toma la forma de un misticismo de lo concreto que predica el éxtasis del sujeto en el hacer, la presencia apocalíptica de lo verdadero en el contacto con lo real, es decir, la sangre, la muerte, las grandes prácticas sacrificiales e

\* La expresión alemana del título significa más o menos “La construcción semiótica del mundo” y parece hacer alusión al libro de Carnap titulado *Der logische Aufbau der Welt*. (NDT.)

irreversibles que buscan la prueba de *la unión de la verdad y del sentido* en el accionar histórico, la producción de *huellas* tan masivas como sea posible: "cambiar el mundo" consiste tal vez especialmente en esto, en *hacer desaparecer* irreversiblemente, para que la verdad y el sentido de nuevo puedan unirse en la historia de lo desaparecido. Hacer desaparecer para que haya huellas, cargadas de sentido narrable; para que ese sentido se inscriba en lo restante, no desaparecido, por esas huellas, y así, sea verdadero. Esta lógica de lo nuevo es la del monumento, de lo monumental; es inseparable del historicismo y de toda dialéctica materialista. Es sin duda inherente al vínculo social en tanto que tal, y se convierte en aplastante (para el pensamiento como para la vida en general) cuando eso social se autonomiza, se aísla extáticamente, como *causa sui*.

A nuestro parecer, la semiótica ha podido, en tanto que tradición intelectual, desarrollar sus investigaciones sobre el hacer, la narratividad, el discurso, hasta lo social, en la estricta medida en que ha sabido evitar el misticismo en ese culto de lo nuevo. Ha visto, como el marxismo, la relación estrecha *entre el sentido y lo social*; pero en lugar de interpretar esa relación haciendo del sentido el problema y de lo social su solución, ella a su vez interroga esta pretendida solución como un nuevo enigma. En efecto, puesto que el lazo social no se reduce nunca a un simple principio de fuerza unitaria ligada al *hacer*, es decir, a la transparencia del *proyecto* monumentalista (babeliano), ni a la autoridad de una racionalidad acumuladora (de sentido, de valores, de "verdades", de bienes, de monumentos, etc.), sino que lo mismo parece deudor de un principio inverso de gasto, de implosión de sentido, de artificio, de desconstrucción y de borrado de toda huella, se encuentra más bien en lo social lo que constituye el problema al estudiar las condiciones del sentido. Es en ese paso incesante entre estabilidades e inestabilidades, entre cohesión e incoherencia, que el estudio del sentido y el de la sociedad encuentran su común denominador *estructural*, sea designado como lenguaje, como función de signo, como semiosis, o incluso como subjetividad.

Es propio de la modernidad plantear el problema del ser en términos de sujetos y de objetos, en términos de relaciones “intersubjetivas” y relaciones “sujeto-objeto”; esta terminología gramaticalizante, que no está reservada al uso que de ella hace la dialéctica hegeliana o la mística fusional que acabamos de caracterizar, nos permitirá al menos indicar un punto particularmente significativo de lo que oponen la gestión marxista y semiótica frente a ese problema estructural. Imaginemos un triángulo sujeto-objeto-sujeto, es decir, a dos sujetos frente al mismo objeto (objeto de apropiación cognoscitiva, de pensamiento).  $S_1$  se ve confrontado con dos versiones de  $O$ , la que toma forma en su propio pensamiento de  $O$ , y la que le viene de  $S_2$ . El lenguaje que circula entre  $S_1$  y  $S_2$  tiende a estabilizar un sentido que permite a los dos sujetos compartir una interpretación de  $O$  en vista de un hacer que opera sobre él: intercambio, culto o lucha (por o contra). Ahora bien, un equilibrio tal, que es posible, pero no necesario, presupone o bien que la relación  $S_1-O$  es idéntica a la relación  $S_2-O$  (es decir, que las dos maneras de pensar a ese respecto coinciden), o bien que para uno de los sujetos, la autoridad del otro sea más fuerte que su relación con  $O$ . El lenguaje que parece unir  $S_1$  y  $S_2$  permite en efecto también un desacuerdo, su ruptura, permite estructurar la polémica, las amenazas, las muecas de la adversidad intersubjetiva con la misma eficacia que la armonía contractual; así, permite al sujeto protegerse o proteger sus pensamientos contra la *interpelación del otro* y establecer, por así decir, una distancia, a menudo indispensable, entre la verdad (lo que no se puede no pensar de  $O$ ) y el sentido (que viene del otro, y asignado al mismo  $O$ ). Digamos que el lenguaje es *histórico* en la medida en que da la prioridad al sentido, unificando por ello  $S_1$  y  $S_2$  en un macrosujeto, precisamente, histórico. Es, entonces, histórico en la medida en que su tratamiento, su representación de  $O$  corresponde a las exigencias de la comunidad afirmativa de los sujetos. Pero añadamos que el lenguaje es *lógico*, en tanto que dirige el pensamiento de un sujeto, no hacia el otro sujeto, sino a las sujeciones y las condiciones de  $O$ , en tanto que tales.

Es en la medida en que puede ser lógico en oposición de su aspecto histórico, que puede ser vehículo de un discurso científico o artístico. Si la estructura del lenguaje fuera idéntica a la de la comunidad que lo practica —por consiguiente, si la “experiencia” social en tanto que principio de cohesión discursiva que cubre una comunidad histórica dada fuera idéntico a la estructura semántica (frástica e interfrástica) de una lengua y de una cultura que porte el mismo nombre que esta comunidad— la comunicación sería sin duda transparente sobre toda la superficie comunitaria, pero no abriría nunca los paréntesis necesarios para la eclosión de esas búsquedas fundamentales sobre el “mundo”, la materia en la cual, sujetos que somos, vivimos y morimos, de esas búsquedas, ciencias, artes, filosofías, por las cuales nos abrimos a lo que es racionalmente *otro* por relación al contenido convencional de esta comunicación. El punto débil del marxismo ha sido desprestigiar (e incluso cerrar) esos paréntesis, y por tanto hacer abstracción de la alteridad del objeto en nombre de lo concreto histórico-subjetivo; en esta tradición, a menudo se ha ignorado los considerandos y las dificultades de las cuestiones “materiales” provocadas, en favor de opiniones inmediatamente más manejables en la perspectiva de una gestión social y organizativa; puesto que el marxismo ha pretendido poder ofrecer la base conceptual de una coherencia global, en tanto que filosofía (epistemología, ética, estética, etc.), ciencia natural y humana, código institucional, imperativo artístico, e incluso regla erótica (en esto, en competencia con el discurso religioso), correspondiente a la idea de una nueva *fundación de la humanidad*, de un Hombre Nuevo, colmo del culto de lo nuevo, no ha podido renunciar a encarnar un saber global tal: el resultado ha sido el empobrecimiento general de todo saber local integrado en ese proyecto gigantesco, yendo hasta la caricatura involuntaria, pero feroz, de la biología, de la lingüística, de la filosofía política, de la estética, del derecho civil, etc. Engañado o seducido por una de las grandes corrientes intelectuales de nuestra modernidad, la pseudofilosofía de Hegel, ha *creído* (en el sentido fuerte y religioso, es decir,

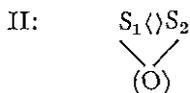
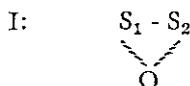
sacrificial) en la identidad de lo histórico y de lo lógico, del sentido y de la verdad, y en consecuencia en la posibilidad de un acercamiento infinito de lo práctico ( $S_1$ - $S_2$ ) y de lo teórico (O). El rechazo de Kant le ha valido una confusión espectacular entre empiria y trascendentalidad, en efecto una sobreestimación trascendentalizante del análisis marxiano del capital, duplicada por una subestimación del potencial lógico del lenguaje (y del pensamiento humano en general).

Entre los problemas fundamentales que están en la base de este malentendido a decir verdad "histórico" (esta pérdida de fuerza de reflexión socialmente trágica y culturalmente inmensa), se encuentra sin duda la posición constitutivamente polémica del discurso marxista: ese discurso que "hace la guerra" a otros discursos. Estado de guerra que explica que no toma en consideración el decir y el pensar del otro más que en función y en la medida de su impacto social; un discurso solitario es *eo ipso* insignificante, podemos sin riesgo despreciarlo; la argumentación está por consecuencia toda entera orientada hacia las opiniones más comunes y, por tanto, las más triviales del "adversario", no hacia las ideas más inteligentes del espacio cultural dado. Progresivamente nos hemos hecho menos inteligentes gracias a la especularidad doblemente plana de una argumentación en eco que trata de ganar terreno social; hemos sacrificado extáticamente toda exigencia rigurosa proveniente del ejercicio del pensamiento (así los "análisis de clases" a menudo delirantes, pero que proporcionan lo que se les pide, un stock de invectivas).

En segundo lugar, el estado de guerra implica un problema de *tiempo* muy sensible en el interior del discurso marxista: está presionado, debe ir directo a la conclusión, todo desvío le haría perder tiempo. La tierra hierve bajo sus pies, no puede instalarse, contemplar tranquilamente una paradoja, una aporía, un dilema analítico; toda dificultad aportada por la sinuosidad lógica de un objeto caprichoso le parece provenir de una infiltración intelectual de parte del gran enemigo que —por razones históricas evidentes— no desprecia ninguna

ocasión para venir a oscurecer la cabeza que no encuentra inmediatamente las palabras para caracterizar un fenómeno estudiado. El titubeo —científico o artístico— es o bien la causa, o bien el efecto de un impacto, de una influencia, hasta de una dependencia que representa el mayor peligro; la dialéctica no titubea, el estratega debe hacerlo lo menos posible.

Dos modelos simples (pues las dimensiones de este texto nos imponen la simplificación) se oponen en consecuencia, en lo que concierne al lenguaje:



reducción de la relación con el objeto, refuerzo de la relación intersubjetiva.

reducción o desestabilización de la relación intersubjetiva, refuerzo de la relación con el objeto.

El lenguaje “sirve” y sirve como vehículo de un *creer* que estabiliza y positiviza una comunidad social, sirve como un soldado entre los sujetos-soldados inscritos en un discurso polémico; al mismo tiempo, el lenguaje “no sirve”, articula cuestiones, enigmas, paradojas, hipótesis, migajas locales de *saberes* que se oponen o se sostienen solitariamente. El lenguaje afirma e infirma. Y esto porque posee una estructura que le es propia, y que le permite a la vez, alternativamente, estabilizar y desestabilizar el sentido que articula.

Es fascinante comprobar que los marxistas contemporáneos (Ponzio, Rossi-Landi, el docto cubano Navarro, Williams, como antes Voloshinov) están listos para admitir todo, salvo esto: el carácter estructurado del lenguaje; eso sería admitir la autonomía del sujeto. El lenguaje es habla, pasa, expresa entonces la participación activa de los sujetos en la historia. El lenguaje es lengua, aún pasa —aunque sobre ese punto la unanimidad esté lejos de reinar— en la medida en que expresa por ello una cierta memoria histórica. Pero, ¿estructura? Nunca. Escándalo. Pues si el mundo humano tu-

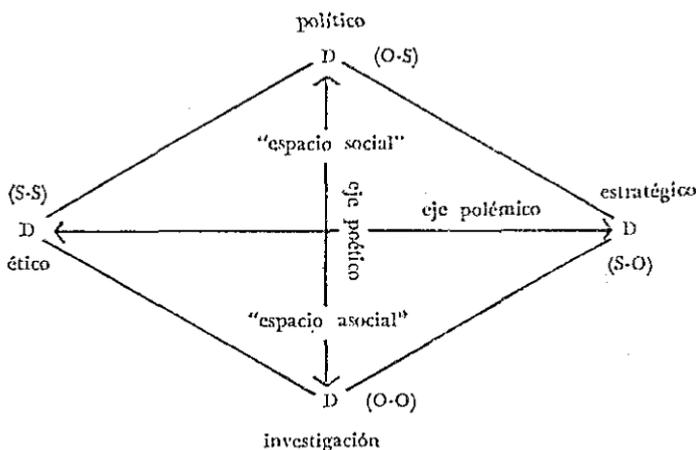
viera varias estructuras, ninguna dialéctica sería ya posible. Las frases no existen, estructuralmente, las narratividades actanciales no existen, las modalidades, las formaciones discursivas, la enunciación y sus registros, todo ello no es más que un conjunto de ideas peligrosas insinuadas por la astucia del enemigo y gracias a la cobardía de los intelectuales pequeñoburgueses. El lenguaje, sí, en la medida en que da lugar a una pragmática expresiva, afirmativa.

La gran diferencia entre el marxismo y la semiótica es tal vez la que resulta de una comparación de actitudes hacia esta *condición global que es el lenguaje*; pero obtendríamos el mismo resultado comparando las epistemologías: una es globalista, la otra localista en el sentido de que los fenómenos se consideran allí como provenientes en general de una pluralidad de principios de organización (una epistemología localista no “expresa” necesariamente una interpretación localista de la economía o de la política, o de la ética, puede, entre otras cosas, traducir y generalizar una manera localista de pensar, frente al objeto —restringida por la lógica local que la hace pensable, no menos que por la “historia” de los pueblos). La semiótica está entonces orientada hacia *las ciencias*; ¿podría el marxismo compartir esta orientación? De ningún modo, pues eso sería para él caer en las redes del positivismo, ideología peligrosa.

2. Un discurso es un triple conjunto: un conjunto de actos de lenguaje (promesas, amenazas, reconocimientos, etc.); un conjunto de actos “somáticos” posibles y en parte imposibles, todos descriptibles; un conjunto de descripciones estratificadas (figuraciones, relatos, explicaciones). El fenómeno inmenso y complejo de lo social es en este sentido, para un acercamiento semiótico, una interestabilidad discursiva, una constelación relativamente estable de discurso.

Cuatro grandes categorías discursivas entran en consideración, a nuestro parecer, en la estructuración de esta cosa inmensa que es lo social/asocial (y que surge al mismo tiempo como

la *superestructura del sujeto* cuya base debe buscarse indiscutiblemente en lo simbólico que regula la relación del ser parlante con la muerte y el erotismo). A saber, sobre el *eje polémico*: el *discurso ético* (el conjunto de sujeciones ejercidas por los sujetos sobre los sujetos) y el *discurso estratégico* (el conjunto de sujeciones ejercidas por los sujetos sobre los objetos, a saber en la guerra y el trabajo). Sobre el *eje poético* —la terminología es, por supuesto, arbitraria, pero está motivada—: el *discurso político* (el conjunto de sujeciones ejercidas por los objetos sobre los sujetos, a saber los “problemas” de la colectividad, planteados por el mundo material dado y representados a través de la legislación y las prácticas reguladoras que ella controla) y el *discurso de la investigación* (el conjunto de sujeciones ejercidas por los objetos sobre los objetos, estudiadas por las ciencias y las artes). Estos dos ejes se cruzan y permiten considerar un cierto número de dimensiones caracterizadas por la formación de estabildades sociales atravesadas por una actividad constante de traducción de un discurso en otro (esas mediaciones explican la impresión inevitable de vivir un “sentido social” que afirman los sujetos, en todos los niveles), dimensiones y redes de traducciones que proponemos figurar en el gráfico siguiente:



Es curioso comprobar que el eje polémico, horizontal, parece corresponder a lo que los análisis de los “modos de producción” consideran como la base material de la formación social, y, por ello, como el lugar de las características fundamentales de un tal modo de producción, mientras que el discurso político por sí solo representa, en esos análisis, su superestructura; el discurso de la investigación tiende, por el contrario, a desaparecer en el horizonte, en la medida en que no está reducido a un estatuto institucional y de estado, que excluye tomar en consideración la actividad artística y teórica en tanto que tal, informal, “salvaje” y asocial. A nuestro parecer, el eje vertical amerita *no obstante una atención* no menos seria que este eje horizontal, si se quiere comprender las condiciones globales de una formación cuya estructura es compatible no solamente con fenómenos estables (la previsibilidad de un “sistema”), sino también con fenómenos inestables, estados de desorden, de fluctuación (es el problema de las “crisis” y, en general, de la imprevisibilidad de los “procesos”); la *temporalidad* de esos discursos y, por tanto, de esos ejes no es la misma y por consecuencia no es evidente que una misma Historia organice, como un principio espiritual, este conjunto estable-inestable y le asigne un Sentido unitario. Cada discurso vehicula sus propios relatos, su memoria, sus convicciones y sus dudas; el conjunto de esos conjuntos puede muy bien estar acéfalo, por así decir, de manera que su análisis provendría también, necesariamente, de un estudio de los estados de cultura implicados, de una comprensión de esos mecanismos menos “materiales” —y más bien “logiciales”— que son los saberes, las pasiones narradas (todo el afecto protosocial que escapa regularmente a la sociología y a la politología que prefieren, como fuente, la estadística a la literatura narrativa o a la pintura, a la música, etc.), el tumulto de los debates, de las fiestas y del “consumo improductivo”, palabra querida y sin embargo horrorosa para designar esta fiebre inmediatamente indescifrable de donde nos vienen sin embargo los cambios de tono y de estilo en política (por un movimien-

to de traducción en sentido vertical sobre el esquema), incluso si reproducen sin duda, también, simultáneamente, por traducción, las coyunturas económicas (que provienen del discurso estratégico) e ideológico (discurso ético).

Es pertinente estudiar las aglomeraciones que marcan el espacio social —así los *grupos de presión* (los “intereses”) en la dimensión que liga el discurso político al discurso ético; o las *clases sociales*, situadas sobre una dimensión que liga el discurso político al discurso estratégico, es decir, en la “economía política”— pero no menos pertinente que inventariar los agrupamientos que marcan el espacio “asocial”: los contactos, las influencias, las amistades, los reencuentros “improductivos” que ocurren en la “desconstrucción” (entre el discurso ético, el discurso de la investigación y el del servicio productivo), y que dan nacimiento a las nuevas ideas sin las cuales ninguna política podría existir sin degenerar en pura gerencia.

Un estudio tal de lo social/asocial provendría él mismo, bien entendido, del discurso de la investigación; es decir, que sería, como tal, demasiado asocial para dejarse dirigir por una apocalíptica polémica, por un “compromiso” o una “crítica”. Esas instancias de control —que ejercen desde el nacimiento de las ciencias sociales una influencia nefasta sobre las pseudo-investigaciones legitimadoras en ese campo que se presentan a la vez como científicas y emancipadoras, movilizadoras, realizadoras de la verdad y del sentido confundidos en la Gran Promesa de la Humanidad del porvenir— tendrán sin duda su justificación en tanto que instancias triviales de traducción y de interpretación (en vista de “ciencias aplicadas”, de “técnicas”, etc.), pero no podrán sustraerse a la actividad creadora, a la formulación de hipótesis más o menos probables, a la búsqueda teórica y empírica de una tal disciplina, digamos, sociosemiótica. La sociosemiótica es posible con la condición de escapar a la identificación o a la asimilación crítico-polémica, y es incluso necesaria para el estudio del sentido en toda su amplitud, al lado de estudios sobre lo simbólico constitutivo del sujeto, sobre la narratividad y sus asientos modales

universales, sobre la estructura frástica y la enunciación como modulación esencial para la constitución del sentido. Una teoría global deberá tomar en cuenta no solamente esas condiciones “microscópicas” del sentido, sino también condiciones “macroscópicas” y menos estables, representadas por las grandes formaciones discursivas, objeto de una sociosemiótica teórica y analítica.

En un primer tiempo, tal búsqueda, a la cual no podemos no invitar —amigablemente, asocialmente— a la tradición marxiana, deseando que se decida a hacer pasar el deseo cognoscitivo al lado del saber fundado sobre investigaciones auténticas, radicales, rigurosas y riesgosas, en lugar de mantenerlo en el campo confortable de la organización apocalíptica, lo cual tendrá el efecto de liberar el aspecto *poético* de la política subrayando su relación con los saberes y, en consecuencia, su esencia, si no artística, al menos de *artificio*.